

SALOMÉ VILARIÑO

Nao de Dioses



NAO DE DIOSES



*Para mi Fedello por inspirarme con su carácter
y a mi Bichito por animarme a escribir .*

La casa bajo la lluvia

16 de agosto de 1728

Querido Roi,

Por mucho que me hubiera gustado, esta vez no le escribo para interesarme por sus aventuras, sino para informarle de la mala situación que vivimos en la casa últimamente. De sobra sabe que la abuela Consuelo nunca me ha aceptado y desde el fallecimiento del abuelo ni se esfuerza en ocultarlo, más bien todo lo contrario. Ya ha intentado deshacerse de mí por diferentes medios pero esta vez, me temo que lo logrará.

Hace dos días, me sorprendió leyendo La Iliada, el último libro que usted me envió, y montó en cólera. Recordará cómo es, para ella la única lectura correcta son Las Sagradas Escrituras. Usando esto como excusa, ha acordado mi ingreso en el convento de las Mercedarias para antes de las próximas navidades. Obviamente, madre se opuso, pero la abuela acabó la discusión amenazando con donar la herencia a la parroquia.

No le escribo para que intervenga por mí, sino por madre, sufre con todo esto. Sé que en el pasado su relación con ella fue muy cercana y si algo queda de ese sentimiento, por favor, no permita que esta situación se alargue más de lo necesario.

Espero ansiosa su respuesta. Con cariño,

Lea Sende.

La carta fue plegada con toda la delicadeza que pudieron las recias manos de un hombre que rondaba los cincuenta años. A continuación, la guardó en el bolsillo de su desgastada casaca y bajó del carruaje al suelo empedrado de Compostela.

Era mediodía, pero la poca luz que dejaban pasar los nubarrones hacía pensar que se acercaba el ocaso. Las gotas de lluvia, que el viento traía de lado, cortaban frías como

diminutos cristales, añicos que al agruparse caían por doquier a ritmo tedioso.

Tras dar orden al cochero de regresar en unas horas, el hombre apuró el paso hacia los soportales que cerraban la vacía calle por ambos lados y ante la puerta de una vivienda, sacudió su chambergo y alzó la aldaba. El olor a moho sobre los líquenes, el humo de las *lareiras* refugiado como remolino aplastante y el son torrentoso de los desagües tensaron sus parpados. Melancolía que parte en dos y encabrita.

— ¿Cuánto hace ya?

Hace ya más de dieciocho años. Él, joven, con un remunerado trabajo como segundo de abordo en una nao de la flota de las Indias, una posición económica más que aceptable y el amor sincero de Victoria Sendé, la hija mayor de su capitán.

Vida idílica, perfección que antes de empalagar se quiebra. Enfermedad, que llega cuan tempestad en el océano camuflada en inofensiva brisa, pinta Compostela el burlón sarampión, bufón asesino. El ventarrón desencadenó cada anilla que lo aferraba a la dicha. Cuando quiso echar el ancla, todo cuanto tenía, todas sus expectativas, sus ilusiones, el amor... Todo había hecho aguas.

— Lo que pudo haber sido y no fue... — Adrizó su columna, se peinó su poblado bigote y llamó a la casa.

— Roi — Al otro lado del umbral, Victoria — ¿Qué se te ha pedido aquí? Mejor dicho ¿Qué nos harás perder ahora? — Él apenas balbuceó y ella le dio la espalda.

Victoria cruzó un recibidor iluminado por los cirios que calentaban la imagen de una virgen en un improvisado altar, y se dirigió al comedor. Allí esperaban, cubierto en mano, una anciana de frívola tez excepto en el entrecejo y al otro lado de la mesa, donde apenas llegaba la luz, una adolescente disimulada con una sobria vestimenta, una forzada postura y un tirante moño negro. Este le alargaba el rostro de tal manera, que sus facciones estaban desproporcionadas.

Extasiado, el hombre entró en la estancia siguiendo la hermosa silueta que lo había vuelto a seducir. Las luces de los candelabros delataban una inmaculada cintura de abeja y el vaivén de los volantes al caminar le aturdieron, todavía más, los sentidos. Victoria le señaló con sutil movimiento una silla arrinconada en la pared y antes de desaparecer por el otro extremo de la sala, anunció:

— Tenemos visita, Roi Penela, aquel que fue aprendiz de padre. Nos acompañará en la comida y así podrá explicarnos por qué ha venido después de tanto tiempo y sin previo aviso.

— Señoras. — El hombre, Roi Penela, sacudió su abrigo inundando toda la sala con un fresco aroma marinero, y tras dejarlo sobre un mueble apolillado, bajo el retrato oval de una moza que evitó mirar, acercó la silla a la mesa. Mas cuando se dispuso a tomar asiento, la adolescente lo abrazó con énfasis.

— ¡Roi, ha venido!

— ¡Lea! Esos no son los modales correctos para una niña de educación cristiana. Pero qué voy a esperar de alguien con un origen tan incierto. — Regañó la anciana e ignorando intencionadamente a Victoria, quien regresaba con un plato más, se dirigió al hombre — Capitán Penela, no esperaba volver a verlo, creí que nuestros caminos habían cogido rumbos opuestos tras el funeral de mi marido. Pero dígame, ¿Qué corriente le ha traído hasta aquí? De sobra sabe que desde su última travesía bajo las órdenes de mi esposo no hemos tenido ingreso alguno.

El hombre sonrió a la adolescente, tomó asiento y a la vez que desdoblaba la servilleta, contestó:

— No he venido por financiación alguna, puede seguir disfrutando del pescado Señora Sende, que por cierto tiene una pinta apetitosa. — Roi probó el primer bocado y su mandíbula se detuvo por un instante — No entiendo qué le ha llevado a pensar que

necesito dinero cuando he sido yo quien les ha ofrecido ayuda en más de una ocasión.

— Ayuda que no hemos aceptado y como puede comprobar — La anciana se encorvó y sus brazos ocultaron el estado de las puntillas que adornaban el escote de su vestido — no necesitamos. Simplemente lo decía por evitarle una situación embarazosa.

— Le agradezco el detalle, Consuelo. — El marinero se esforzó en engullir otro pedazo de comida — La razón de mi visita es otra. Me ha llegado información sobre el futuro de la Señorita Lea y he de expresar mi total desacuerdo.

— ¿Acaso cree que existe un destino mejor que dedicar su vida a servir a nuestra Señora Madre? — Las pupilas de la vieja rozaron sus cejas.

— No se ofenda, pero considero que Lea todavía es joven para tomar semejante decisión. — Roi alternaba miradas entre Consuelo y el pescado.

— En mi opinión cuanto antes se empiece el camino hacia la fe, mayor será la recompensa al final del camino.

— Me dejaré de rodeos. — El marinero se limpió el bigote y dejó la servilleta junto al plato — He venido a llevarme a la niña.

— ¡No tienes ningún derecho a hacerlo! — Intervino Victoria cuan ráfaga ígnea— Han pasado catorce años desde que la dejaste a mi cargo. Me tragué mi orgullo, hice oídos sordos a las habladurías ¡la críe como hija mía! Y ahora que ha crecido ¿vienes a llevártela? ¡No lo...!

— ¡Victoria! ¿También tú has olvidado tus modales? — Increpó la anciana y la airada mujer enmudeció, bajó la cabeza y descargó en las truchas toda su rabia. La vieja entonces altiva, continuó — Disculpe a mi hija capitán, últimamente pierde el decoro con bastante facilidad. — Forzó una sonrisa — Volviendo al tema, desconozco como ha llegado esa información a usted pero tampoco me quita el sueño. Con respecto a la chiquilla no me importa su destino, desde que apareció en nuestras vidas hemos vivido

rodeadas de desgracia. Bautizarla con un nombre cristiano no ha valido de nada. He rezado al Señor cada noche para que nos libere de su presencia y al fin, después de tantos años, me ha escuchado. Así pues, si desea llevarla consigo, adelante. Pero le advierto que le pesará. Usted y yo nunca hemos tenido nada en común, pero aun así, si se va a hacer responsable de tan indeseada carga, me compadezco de usted.

— Estamos de acuerdo entonces. — El capitán tomó un trago de agua y miró hacia el extremo penumbroso de la mesa — Señorita Lea recoja sus enseres, partiremos esta misma tarde.

Lea se disculpó educadamente y salió del salón. Victoria hizo gritar su silla, hundir su servilleta y con lágrimas contenidas por sus diques parpados inferiores, siguió a la muchacha con paso acelerado.

A partir de ese momento la conversación en el envejecido comedor tornó tranquila, pero también pedante y aburrida. La anciana hablaba de sus posesiones como si de grandes maravillas se trataran y aunque en el pasado lo fueron, ahora estaban deterioradas y mohosas. Roi Penela le seguía la corriente y le daba coba, incluso le llegó a alabar la vajilla astillada en la que ahora solo quedaban espinas y la angustiada virgen del recibidor.

— Pertenece a la iglesia de esta misma calle. El nuevo cura, un francés, me ha permitido custodiarla hasta la Semana Santa. La verdad, eso fue un alivio para todas las feligresas porque ¡ya me dirá usted! ¿quién puede saber si de veras es un sacerdote católico o un judío fugitivo de esos? Temíamos no volver a ver a nuestra Virgen de la Soledad. — Consuelo sacó de su manga un broche, un corazón de plata ennegrecido — Las mujeres de esta casa siempre la acompañamos el Domingo de Pasión ¿sabía usted? Por eso tenerla aquí es todo un honor...

En un diminuto cuarto de la primera planta, que más se asemejaba a un ropero que

a una estancia, los sentimientos de Lea y Victoria eran opuestos pero sinceros. Mientras la muchacha llenaba un baúl con entusiasmo, la mujer doblaba la ropa delicadamente.

— Lea, el hombre con el que te marchas no es tan generoso como te hace creer. Es un embaucador, un farsante que ha caído en sus propias mentiras. Incluso me atrevo a decir que ha enloquecido. Sí, es un demente. Está obsesionado con atrapar a un demonio... Con vengar la muerte de mi difunta hermana Uxía.

— Madre no se angustie. Sabe que irme con él es la mejor solución. — Lea miró hacia la pared como si se acabara de abrir una ventana al exterior, sus pupilas se encogieron, todo era iris azul — ¡Qué hermoso será ver el mar cada día, el sol poniéndose en el horizonte y las estrellas al anochecer!

— ¡Deja de soñar y escúchame! Al regresar de su último viaje, tu abuelo estaba destrozado, enfermo de amargura, con las cenizas de Uxía en una urna y una criatura de poco más de tres años en sus brazos. ¡Esa niña eras tú! — La preocupación de Victoria era tal, que las prendas que doblaba sufrían cada palabra— No sé qué creará haber descubierto Roi, pero estoy convencida de que la decisión de llevarte con él lo beneficia de algún modo.

— ¡Él ha venido a buscarme porque yo se lo he pedido! — Gritó Lea — Ya no soporto ver cómo la abuela nos amenaza cada día, cómo te hace sufrir.

— ¡Si lo haces por mí ve a vivir al convento! Al menos sabré que estás a salvo. — Las lágrimas saltaron de sus ojos y la niña calmó su carácter.

— Siento haberle gritado madre. Le prometo que si en algún momento algo me hace desconfiar regresaré a casa. Aunque tenga que cruzar un océano entero a nado.

— Pero hija, si no sabes nadar...

Ese comentario achicó los llantos y Victoria abrazó a su hija.

Las campanadas de la catedral cercana anunciaron la misa de la tarde, eran las seis

y tanto el equipaje, como el cochero estaban preparados para partir. La lluvia caía copiosa, el viento la invitaba a encharcar el suelo resguardado bajo los soportales, a invadir el recibidor de la vivienda, pero el clima interior la repelía.

El capitán Roi Penela miraba a Victoria por el rabillo del ojo mientras retenía estático el pomo de la puerta que agarraba; la mueca que Consuelo se esforzaba por mantener quedaba anulada por cierto brillo en sus ojos, y aun así la imagen de la virgen parecía más viva que ella, como conmovida por la despedida entre Victoria y Lea.

— Esta esclava se la regalé a Uxía antes de partir con tu abuelo. — Victoria abrochó en la mano de su hija una pulsera de plata bien abrillantada — Ahora te la doy a ti con la esperanza de que te proteja y te traiga de vuelta algún día.

Lea la abrazó con fuerza, luego se limpió las lágrimas y besó a su abuela. Esta se mantuvo estática y la moza, ante tal demostración de indiferencia, cruzó el umbral de la vivienda y se subió al carruaje.

El postillón cruzó una destartada muralla y continuó camino hacia el oeste a través de un robledal. En el interior, tinieblas y sonidos bajos. Los sollozos de Lea volaban en seseantes corrientes de aire. Empatizaba con ella la condensación, vaho que se enfría, cae y moja. Incómodo e inquieto, el capitán prendió el farol que colgaba en un lateral. Ahora en el interior, sonidos bajos y luz delatora. Los asientos de terciopelo estaban forrados de defectuosos remiendos; la madera, de agujeros de carcoma y las ventanas, de entradas para las corrientes de aire. Fingiendo no percatarse, Lea guardó su pañuelo e inició una conversación:

— La abuela nunca se había saltado la misa de la tarde hasta hoy. Me ha sorprendido que quisiera despedirse.

— Casi eres adulta pero todavía piensas como una niña ingenua.

— ¿Qué quiere decir?

— Nada, tonterías... Ahora observa el paisaje. Recuérdalo bien, porque quizás pase mucho tiempo antes de que lo vuelvas a ver. En cuanto lleguemos al Serapio 2, partiremos rumbo al Mediterráneo.

— ¿El Serapio? ¿El barco del abuelo?

— No. Lamentablemente el barco de tu abuelo conoció hace años el fondo del Atlántico. Este se le parece mucho, de ahí que lleve el mismo nombre.

— ¿Un naufragio? Lástima, me hubiera gustado verlo. Madre me contó que usted y el abuelo me rescataron de unos salvajes en el Nuevo Mundo y me trajeron en él aquí.

— Es curioso que Victoria te lo contara así... — Lea volvió a necesitar su pañuelo

— No te entristezcas, es una mujer dura y estará bien. Ahora debes centrarte en tu futuro. Piénsalo y se te olvidarán todos los pesares. Verás las ciudades que visitó tu abuelo y con un poco de suerte, vivirás alguna interesante aventura, como las que él te narraba con entusiasmo ¿las recuerdas? Aunque si he de ser sincero estaban adornadas con excesivas exageraciones y fantasía, muchísima fantasía. Lo sé porque yo lo acompañé en muchas de ellas.

— Roi, ¿podría contarme alguna? Y si no es mucho pedir, ¿le podría añadir un poco de fantasía y alguna que otra exageración?

— Te advierto que no soy buen narrador y no lo digo por modestia.

— No se preocupe por eso, hace seis años que no escucho ninguna, así que seguramente me fascinará.

El capital buscó el modo de empezar una historia. Perdió la mirada en lo más hondo de sus párpados y se rascó el mentón. Lea, que al fin sonreía, devolvió el pañuelo a su bolso y apoyó la cabeza sobre el hombro de su acompañante.

<< En el mes de marzo de 1712, aunque todavía faltaban unos días para la primavera y los árboles insinuaban una pronta floración, el frío todavía entumecía los múscu-

los y helaba los huesos. Pero a pesar de ello, en el pueblo de Vigo, las calles estaban llenas de vida: Los niños jugaban por doquier, las mujeres iban al mercado cargando manojos de grelos sobre sus cabezas, otras recogían moluscos en la arena aprovechando la bajamar y las rederas zurcían al sol. Los hombres preparaban sus aparejos: arpones, redes, nasas... Todo lo necesario para salir en cuanto fuera posible.

En la fachada de la cantina de Rande, todavía se podían contemplar señales de una reciente batalla. En su interior, un grupo de marineros calentaban sus cuerpos con licor y su sangre con las airadas disputas sobre política y miseria. Motivos que los harían partir con la marea. Era tal el bullicio, que los únicos habitantes sobrios del local, las ratas, huían hacia el exterior.

En la primera planta del mismo inmueble, había una acogedora pensión que, a diferencia de la cantina, estaba limpia y reluciente. Allí dos oficiales discutían sobre cuál era la ruta óptima para la expedición mientras, junto a la ventana, una jovencita observaba a través del cristal ansiando que la pleamar cubriera al fin la orilla...>>

Los ojos de Lea se cerraron y el capitán se dispuso a imitarla. Se tapó el rostro con el chambergó y antes de que Morfeo se le apareciera también a él, dijo en voz baja:

— Duerme tranquila niña, ya tendremos tiempo para historias y aventuras.